Históricas Digital

Ricardo Pérez Montfort

“Entre la Historia patria y la búsqueda histórica de ´lo mexicano’. Historiografía mexicana 1938-1952”

p. 279-294

Cincuenta años de investigación histórica en México

Gisela von Wobeser (coordinación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas/
Universidad de Guanajuato

1998

350 p.

(Serie Historia Moderna y Contemporánea, 29)

ISBN 968-36-6471-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 16 de abril de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/cincuenta/343.html

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

ENTRE LA HISTORIA PATRIA Y LA BÚSQUEDA HISTÓRICA DE "LO MEXICANO". HISTORIOGRAFÍA MEXICANA, 1938-1952

RICARDO PÉREZ MONTFORT
CIESAS/Universidad Nacional Autónoma de México

Para Álvaro Matute

...hay un intento muy serio de comprender nuestro pasado a la luz de la noción del ser mexicano como una posibilidad siempre abierta, siempre en trance de realización...
Edmundo O'Gorman, 1963

I

A simple vista la historiografía que se practicó en México desde fines de los años treinta hasta principios de los cincuenta pareciera estar determinada tanto por un cambio de enfoque en cuanto a la función social de la historia como por una modificación en su práctica como ejercicio intelectual. El tránsito de un tipo de historia ideologizada —creadora de conciencias e identidades "revolucionarias"— hacia una historia con mayores pretensiones científicas y filosóficas, se escenificó en medio de diversas transformaciones políticas y económicas que, en los espacios nacionales, significaron el paso del gobierno del último caudillo revolucionario —el general Lázaro Cárdenas— al del llamado "civilismo" encabezado por el licenciado Miguel Alemán.

En lo internacional, la renovación en materia historiográfica mexicana ocurrió a lo largo del reordenamiento económico y político que trajo consigo la segunda conflagración mundial. Tanto en Estados Unidos de América como en la mayoría de los países europeos se vivió un "cambio de rumbo" que desde luego afectó las interpretaciones históricas, afirmando algunas y desechando otras.

Así, cruzada por dos ejes "afinados en re" —la re-orientación del proyecto posrevolucionario y la re-ubicación de México en el plano internacional—, la actividad de los historiadores mexicanos de la década de los cuarenta puede verse como el traslape de diversas formas de hacer historia, muy común en la convivencia de las diferentes corrientes historiográficas surgidas a lo largo de la historia mexicana de los siglos XIX y XX, cuando unas van de salida y otras

DR© 2018. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/cincuenta/343.html

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

se manifiestan con visos de originalidad primaria. Entre las primeras podrían contarse el positivismo y cierto marxismo un tanto elemental y dogmático, y entre las segundas destacó sobre todo el historicismo, también conocido como relativismo histórico o perspectivo.[1]

En este traslape de los años cuarenta, una inquietud por la originalidad de "lo mexicano", que permeó prácticamente todos los ambientes culturales, logró inmiscuirse en la gran mayoría de las preocupaciones históricas del momento, dejando una huella muy marcada en la correspondiente generación de historiadores activos. Los intentos por descubrir lo específico de "lo mexicano" ya se percibían desde por lo menos principios de los años veinte; sin embargo, fue durante los años treinta, cuarenta y cincuenta cuando fue adquiriendo mayor relevancia en el ambiente intelectual nacional.

Durante estas tres décadas, en medio de un proceso de profesionalización del quehacer histórico, la historiografía —o lo que Edmundo O'Gorman también llamó "la historiología"— dio pasos en favor de la problematización de los fenómenos históricos, tratando de dejar atrás, sin lograrlo siempre, las definiciones de índole autoritaria y absoluta. Los nuevos "puntos de vista históricos" —como los identificaría Wigberto Jiménez Moreno en 1952—,[2] más que procurarse por la imposición de valores universales, estaban interesados en descubrir "la entraña del mexicano" y la especificidad de los fenómenos americanos.[3] En este último rubro fueron capitales los trabajos de Silvio Zavala y Edmundo O'Gorman, quienes trascendieron la preocupación introspectiva para discutir ampliamente con colegas de diversas nacionalidades y corrientes el fenómeno americano, combinando la historia con la filosofía de la historia.

La búsqueda de "lo mexicano" y sus connotaciones históricas, en cambio, ocuparon a una buena cantidad de historiadores y científicos sociales, bien dispuestos a enfrascarse en un espacio donde más tarde se advertirían muchas más limitaciones que aperturas. Aun así su producción resultó importante sobre todo por el debate que suscitó, desde la perspectiva histórica alrededor del contenido "mexicano", en otras disciplinas como la literatura, el arte plástico, la politología, la economía y sobre todo la filosofía.

En un ambiente propicio para la discusión, la generación que vivió el tránsito de los años treinta a los cincuenta asistió a su vez a la consolidación de algunos de los ambientes académicos más fructíferos para el quehacer historiográfico. Este ensayo pretende ser un breve resumen de los itinerarios del despegue de la historiografía académica mexicana.

[1] Álvaro Matute, *La teoría de la historia en México, 1940-1973*, México, SEP-Setentas-Diana, 1974.

[2] Wigberto Jiménez M., "50 años de historia", en *Historia Mexicana*, v. 1, n. 3, ene.-mar., 1952.

[3] Jiménez Moreno se refiere fundamentalmente a los trabajos de Silvio Zavala, *Ensayos sobre la colonización española en América* y *La filosofía de la conquista*, así como a los de Edmundo O'Gorman, *Fundamentos de la historia de América* y *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*.

DR© 2018. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/cincuenta/343.html

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

II

El desarrollo posrevolucionario del país durante los años veinte y treinta estuvo plagado de intentos por definir a México como un ente político, económico y cultural relativamente independiente del resto de los procesos mundiales, gracias a sus rasgos y a su historia particulares. Afirmando su propia condición nacionalista, en medio de las corrientes del mismo signo imperante en el resto del mundo, la introspección llegó a plantear propuestas que iban desde la afirmación a ultranza de lo propio —esto es: lo nacional igual a lo revolucionario y, por tanto, lo único viable y auténtico en el México de entonces—[4] hasta el análisis de las formas del *ser* del mexicano a partir de modelos sociológicos o psicológicos aplicables a todo ser humano. El texto clásico en esta materia fue sin duda el de Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, que apareció en 1934. A decir de muchos autores esta obra sirvió de disparador de la confianza para generar una visión original y propia que, además de preocuparse por el "ser" de "el mexicano", estuviera a la altura de la discusión occidental en torno del *ethos* del hombre y su devenir histórico. El asunto de la "mexicanidad" se encontraba tan en el aire que fue precisamente alrededor de estas fechas cuando se consolidó la mayoría de las imágenes estereotípicas nacionales, las cuales fueron explotadas tanto en los ámbitos académicos como en los populares. Así se afirmaron representaciones típicas como las del "indito" o "el charro", lo mismo que se habló de los complejos de "inferioridad" o del "culto a la madre" como rasgos capaces de identificar a los mexicanos.[5]

Aun cuando el fenómeno introspectivo puede remontarse hasta los orígenes del México independiente, no cabe duda de que en materia historiográfica la preocupación por "lo mexicano" tuvo uno de sus momentos cumbres en el periodo que nos ocupa. Y lo tuvo de una manera que Emilio Uranga identificó con agudeza en el siguiente párrafo escrito en 1952:

> Se piensa en general que la noción actual de un fenómeno histórico, como "lo mexicano", es producto de una serie de determinaciones que tiene su razón en el pasado. Lo mexicano sería el producto formado por la historia traducido a conceptos con método fotográfico, por obra del historiador actual. En verdad las cosas van más frecuentemente en dirección inversa. La

[4] Guillermo Sheridan, "Entre la casa y la calle: la polémica de 1932 entre el nacionalismo y el cosmopolitismo literario", en Roberto Bancarte (comp.), *Cultura e identidad nacional*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994, y Víctor Díaz Arciniega, *Querella por la cultura "revolucionaria" (1925)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.

[5] Ricardo Pérez Montfort, *Estampas de nacionalismo popular mexicano*, México, CIESAS, 1995.

DR© 2018. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/cincuenta/343.html

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

> idea actual no viene de la de otros siglos, sino que al revés, lleva a éstos su influjo. Lo que distingue a la idea histórica del hecho natural es precisamente este peculiar retroefecto; una investigación contemporánea es a la vez una reforma del pasado.[6]

Y, en efecto, si revisamos con cierto detenimiento el trabajo historiográfico de los años cuarenta, poco a poco se nos va apareciendo con mayor claridad esta necesidad de "reformar el pasado" con el afán de darle un sentido un tanto menos pragmático y un mucho más filosófico.

Al dar por sentado su ingreso en la redistribución internacional planteada a lo largo y después de la segunda guerra mundial, la tarea historiográfica mexicana se permitió, en forma y fondo, una insistente búsqueda de su especificidad. En términos o'gormanianos, la preocupación filosófica detrás del quehacer histórico intentó "darle sentido" a la historia del país en función de la búsqueda de su cualidad "mexicana", dejando atrás su utilización meramente política para arribar a su propia "originalidad".

Con su *Historia económica y social de México* publicada en 1938, Luis Chávez Orozco cerraba un ciclo importante en su producción historiográfica, dedicada a una variedad de temas que iban desde el análisis de la cultura maya hasta los primeros pasos industriales del México decimonónico. Su concepción de la historia estaba íntimamente ligada a su actividad como pedagogo, por lo que bien a bien su ejemplo podría servir como punto de partida. La función de la enseñanza de la historia para Chávez Orozco estaba claramente relacionada con la afirmación de la verdad y el patriotismo, y por lo tanto contaba necesariamente con una connotación ética no muy lejana a las versiones clásicas de la historia oficial. Según Chávez Orozco, la historia debía: "Hacer inteligible al interesado el medio social en que vive, es decir, mostrarle la sociedad mexicana tal cual es y como ha sido [...] Mostrarle la verdad histórica en su mayor pureza, y ejercitarlo en el descubrimiento y apreciación de esa verdad [...] ampliar su visión espiritual despertándole ideas y sentimientos de amor y sacrificio por su patria."[7] Lejos estaba Chávez Orozco de aceptar las verdades históricas múltiples y más aún de la historia como un inicial ejercicio filosófico. Su interés en los temas económicos lo acercaba más a las explicaciones de índole pragmática que a las interpretaciones con sabor especulativo. Sus aportaciones fueron sin duda de una gran solidez y acuciosidad, tal como lo prueba la colección de *Documentos para la historia económica de México* publicada entre 1933 y 1936 por la Secretaría de Economía Nacional.

Ligados a una escuela historiográfica de inspiración marxista, Luis Chávez

[6] Emilio Uranga, "Optimismo y pesimismo del mexicano", en *Historia Mexicana*, v. 1, n. 3, ene.-mar., 1952.

[7] Luis Chávez Orozco, *Historia de México*, t. 1, México, Patria, 1935.

DR© 2018. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/cincuenta/343.html

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

Orozco y el joven pero a la vez maduro José C. Valadés veían en su tarea relacionada con la historia la necesidad no sólo de un rigor particular en la revisión profunda de fuentes primarias, sino también un compromiso que establecía un estrecho vínculo entre crítica y patriotismo. Tanto Chávez Orozco como Valadés se situaban en una corriente que tenía una de sus mayores justificaciones en la Revolución Mexicana y, por lo tanto, veían su labor histórica como una reivindicación de novedad, autenticidad e independencia. Afirmaban ambos el compromiso con su propio tiempo y con un ente un tanto indefinido que era "el pueblo Mexicano", el cual solía identificarse por oposición más con las masas campesinas y obreras que con las elites aristocráticas o las clases medias.

Si bien la búsqueda de una especificidad "mexicana" no fue tanto la pasión de Chávez Orozco, quien de alguna forma se vinculaba más con ciertas versiones "oficiales" de la historia, en José C. Valadés la intención mexicanista aspiraba a una clara separación de la historia oficial, íntimamente ligada a una noción porfiriana y acartonada del discurso histórico. Su vocación por "lo mexicano" apareció, por ejemplo, en sus tres tomos de *El porfirismo* publicados entre 1941 y 1948, pero se gestó desde los primeros meses de 1938. En la introducción al segundo tomo, Valadés decía:

> La historia no es la ciencia llamada a extirpar épocas o individuos, esa tarea pertenece en todo caso a la política. Mi propósito guiado siempre por mi amor a México y las libertades y sin que ello me origine conflicto interno alguno; mi propósito, repito, es ir al alcance de todas las huellas, bien superficiales, o bien profundas, de lo mexicano; porque, ¿de qué otro modo si no es trasponiendo los prejuicios, los embelecos y las cominerías, puede encontrarse la raíz de nuestros males y la sombra de nuestros bienes? [...] A una historia oficial, que desecha lo que estima conveniente a fin de consolidar la autoridad política de partido, se sucede la que persigue infatigablemente todos los signos de la naturaleza nacional.[8]

El texto de Valadés proponía una historia realizada con mayor rigor y con un carácter que él mismo llamó "oficial", pero claramente fincada en la reivindicación de valores nacionales.

Sin embargo, el deslinde entre el ámbito oficial y el académico no parecía tan fácil ni tan contundente como el mismo Valadés lo hubiera deseado. Si bien existía una clara diferenciación entre las visiones históricas hipercríticas como la *Breve historia de México* de José Vasconcelos, publicada en los años treinta,[9] y la de los manuales de José Bravo Ugarte, de principios de los años cuarenta,[10]

[8] José C. Valadés, *El porfirismo. Historia de un régimen*, t. II, México, UNAM, 1987.
[9] José Vasconcelos, *Breve historia de México*, México, Botas, 1937.
[10] José Bravo Ugarte, *Historia de México*, 3 v., México, Jus, 1962.

DR© 2018. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/cincuenta/343.html

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

la historiografía de índole académica apenas se enfilaba hacia su distanciamiento de las versiones ejemplares y un tanto acartonadas. La historia todavía contaba con una fuerte carga moral, capaz de dar lecciones de patriotismo y lealtad a los principios éticos occidentales.

Aun cuando un pequeño cenáculo de historiadores se mantenía relativamente independiente, el quehacer historiográfico, a mediados de los años treinta, se encontraba bastante ligado a instituciones oficiales como la anteriormente citada Secretaría de Economía, la Secretaría de Relaciones Exteriores, la misma Secretaría de Educación Pública y, dentro de ella, el recién formado Instituto Nacional de Antropología e Historia. Desde esos organismos figuras como Luis Castillo Ledón, Alfonso Caso, José de Jesús Núñez y Domínguez, Wigberto Jiménez Moreno y Luis Chávez Orozco, para mencionar tan sólo cinco, formulaban sus enunciados historiográficos de filiación y justificación estatal, oponiendo algunas veces sus posiciones a historiadores de corte conservador como Alfonso Junco y el muy respetado Luis González Obregón, quien un año antes de su muerte en 1938 había publicado sus sugerentes *Ensayos históricos y biográficos*. Estos textos, por cierto, remitían a un estilo decimonónico que no era tan ajeno al medio académico de los años treinta.

Alfonso Junco, por su parte, tenía otra clase de público. Su filiación abiertamente católica no parecía alejarlo de los vientos nacionalistas de la época, aunque desde luego su perspectiva se mantenía bastante crítica frente al tono oficialista. Su independencia le ganaba muchos adeptos —tanto en el medio académico como fuera de él—, sobre todo porque sus estudios históricos lo llevaban a esgrimir argumentos como el siguiente, que, desde una plataforma intelectual distinta, coincidían con cierta moda intelectual de la que no estaba exenta la misma oficialidad:

> Nuestra salvación —decía Junco proyectándose hacia el futuro— estaría en la paz constructiva; en la concordia regeneradora y magnánima: en la afirmación de nuestra auténtica fisonomía religiosa y social; en el progreso dentro de la justicia y la libertad para todos; en la defensa inteligente, multiforme, irrevocable de nuestra autonomía económica; en una política honrada y sagaz que tonificara en los mejicanos el sentido de patria.[11]

En el medio universitario retumbaban los ecos de la discusión entre oficialismo y conservadurismo. Sus aulas todavía contaban con varios figurones afectados por cierto discurso estatal de reminiscencias porfirianas, tales como Jesús Galindo y Villa, Agustín Aragón y el mismo Antonio Caso, de cuyas polémicas protagonizadas en los años veinte todavía existían recuerdos fres-

[11] Alfonso Junco, *Lumbre de Méjico*, México, Botas, 1938.

DR© 2018. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/cincuenta/343.html

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

cos. Y ciertamente entre universitarios también se contaba con maestros que, aun con algunas críticas al discurso oficial, mantuvieron un tono inmerso en las reivindicaciones de índole nacionalista. Algunos lo hacían desde posiciones que recordaban el positivismo porfiriano y otros inspirados en un materialismo histórico precedente cuyo estilo inconfundible hacía pensar en las obras de Rafael Ramos Pedrueza, a las que no era ajena la exaltación de los héroes ni el señalamiento de traidores al país y a la clase.

Quizá uno de los maestros más célebres de aquellos últimos años treinta y principios de los cuarenta haya sido Alfonso Teja Zabre. Como muchos de sus colegas historiadores contemporáneos, él venía de la carrera de derecho y compartía sus amores por la historia con flirteos literarios y poéticos, además de su afición particular por el materialismo histórico. En su *Guía de la historia de México*, aparecida en 1944, pedía que se tratara a la historia con menos pasiones, pero no dejaba de alabar el carácter ejemplar, según él, necesario en el discurso histórico. Cerraba su guía con la siguiente reflexión, que bien a bien se identificaba con cierto afán de distensión imperante en el México de la unidad nacional avilacamachista:

> Los monumentos que sirven para honrar a nuestros caudillos, los símbolos de la integridad nacional, de los anhelos de libertad, de igualdad democrática, podrán continuar erguidos en sus pedestales, porque el pueblo los custodia; pero si además se logra sin mengua de la crítica sana, que en las luchas partidistas no se profane la historia con instrumentos de mala ley; si la misma pugna política y social se reduce para abrir un ancho campo de tregua en favor de altos intereses comunes, patrióticos y humanos se trazará un camino hacia la cumbre de serenidad.[12]

Después de la tensión social sufrida durante el sexenio del general Cárdenas y desde luego reflejada en el apasionamiento y la defensa a ultranza de posiciones históricas irreductibles, la propuesta de Teja Zabre apelaba a la mesurada propuesta de la integración. La idea de la historia reciente de México en Teja Zabre se amalgamó con la búsqueda de "lo mexicano", reivindicando ciertos valores culturales ligados a expresiones de índole cultural y popular que recordaban sus aficiones materialistas. Hacia 1952, en un ensayo titulado *Imágenes de México* publicado en uno de los primeros números de la revista *Historia Mexicana* de El Colegio de México, Teja Zabre repetía lo que varios lustros antes habían dicho los apologistas de lo "típico mexicano": "la personalidad esencial de México tiene su manifestación más notoria en el matiz que la influencia vernácula imprime a las obras de arte." Y, tomando como referencia las obras de Diego Rivera y Ramón López Velarde, discutía

[12] Alfonso Teja Zabre, *Guía de la historia de México*, México, SEP, 1944 (Biblioteca Enciclopédica Popular).

DR© 2018. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/cincuenta/343.html

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

la tensión existente entre lo concreto y lo espiritual y confrontaba las dos versiones opuestas de la historia mexicana: la indigenista y la hispanista o criollista. La fusión de ambas era su propuesta de trabajo historiográfico para la nueva generación de historiadores, al grado de que "de su difusión y conocimiento puede resultar una visión más generosa y humana de nuestra realidad nacional y nuevas orientaciones para plantear y resolver los problemas vitales de nuestra vida política, económica y social; la comprensión y la integración de la verdadera cultura mexicana".[13]

La proposición integradora de Teja Zabre se inscribía claramente en la dinámica "mexicanista" como resultado de una serie de factores que se combinaron con el supuesto apaciguamiento de las pasiones nacionalistas. No hay que olvidar que uno de los vórtices climáticos del nacionalismo se había alcanzado en la década de los años treinta. Sin embargo, sus arrebatos no acabaron de serenarse durante los años cuarenta, ya que a fines de aquella década del hallazgo de los "huesos de Cuauhtémoc" en Ixcateopan causó revuelo y avivó la polémica entre la academia y el interés político. Lo mismo había sucedido, aunque con mayor discreción, en 1946, cuando "los huesos de Cortés" fueron descubiertos en el Hospital de Jesús. Tan sólo con estos ejemplos quedaba claro que las vertientes nacionalistas seguían alimentando la confrontación en materia histórica "mexicanista" y, a decir verdad, la academia no parecía estar tan separada de las disputas callejeras. Prueba de ello es la participación de celebridades académicas tanto en un asunto como en el otro.[14]

Pero durante la década de los cuarenta el afán polémico desembocó en cierta inclinación reflexiva gracias también, entre otros, a estos tres factores que se han convertido en referencias obligadas a la hora de los recuentos historiográficos de aquella época: 1) la influencia de los trasterrados españoles que se incorporaron a las tareas intelectuales del país, principalmente en la UNAM y en El Colegio de México, lo cual enriqueció enormemente el ambiente académico; 2) el fenómeno de la especialización y, con él, la ampliación de las discusiones, los recursos teóricos y el trabajo documental, y 3) el establecimiento de los vínculos entre historiadores mexicanos y extranjeros mediante publicaciones, congresos e intercambios académicos.[15]

Sin pretender repasar una vez más cada uno de los factores mencionados, valdría la pena, por lo menos, destacar algunos aspectos con que contribuyeron al enriquecimiento de la reflexión y las actividades historiográficas mexicanas.

[13] Alfonso Teja Zabre, "Imágenes de México", en *Historia Mexicana*, v. 1, n. 3, ene.-mar., 1952.

[14] Para un examen puntual del asunto "Ixcateopan", véase *Los hallazgos de Ichcateopan. Actas y dictámenes de la comisión*, México, Comisión Investigadora de los Descubrimientos de Ichcateopan, 1962. Respecto del asunto "Cortés", véase José Luis Martínez, *Hernán Cortés*, México, Fondo de Cultura Económica-UNAM, 1990.

[15] Matute, *op. cit.*, y Luis González y González *et al.*, *Panorama actual de la historiografía mexicana*, México, Instituto Dr. José María Luis Mora, 1983.

DR© 2018. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/cincuenta/343.html

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

III

La presencia de figuras como José Gaos, Ramón Iglesia, Wenceslao Roces, José Miranda, Eugenio Ímaz, Rafael Altamira y Crevea, José Moreno Villa y tantos otros permitió una especie de "universalización" de las temáticas históricas, sin dejar de lado aquella preocupación por la especificidad mexicana. La interiorización que cada uno de los trasterrados hizo de su experiencia en México tuvo repercusiones importantes en su cátedra y en su labor académica. Ver lo que sucedía en este país con ojos "de afuera", y desde luego aplicando su vasta cultura, enriqueció, sin duda, la reflexión alrededor de la originalidad mexicana, que a la larga resultó una especificidad muy semejante a la de los trasterrados mismos. Percibiéndose en el espejo de sus alumnos mexicanos, Gaos mismo escribió:

> en vista de lo que los mexicanos vienen exponiendo acerca de sí mismos encuentro que su explicación al cultivo e investigación de lo mexicano pudiera deberse también a una experiencia de migración. Lo que vienen exponiendo de sí mismos ¿no es un tanto la visión de unos emigrados *de* sí mismos *en* sí mismos para encontrar a sí mismos otros que aquellos que sienten el afán de ser?[16]

No en vano uno de los alumnos más destacados de Gaos, Leopoldo Zea, publicaría en 1943 una tesis que buscó identificar la connotación mexicana del positivismo.[17] Zea logró en dicha tesis dar con la significación particular que en México tuvo una doctrina universal y señaló cómo ésta sirvió para incorporar a "los mexicanos" al devenir de la humanidad. Su texto, sin embargo, no sólo dio fe de los logros de dicha doctrina, sino también de sus fracasos y, por tanto, de la necesidad de contar con "la realidad nuestra" a la hora de aplicar los principios filosóficos universales. Más tarde, el mismo Zea dirigía la colección editorial "México y lo mexicano" para la casa Porrúa y Obregón, con el afán de seguir explorando la originalidad de la cultura propia. Entre 1945 y 1953, Zea capitaneó al grupo Hiperión, cuyos integrantes "tomaron en serio la tarea de hacer filosofía desde la propia casa". Luis Villoro, Jorge Portilla, Ricardo Guerra y Joaquín Sánchez MacGregor formarían parte de ese grupo que trabajó tan arduamente el tema de "lo mexicano" que, según Emilio Uranga, "terminó agotándolo sobre la base de vivirlo tan espasmódicamente". En su opinión, "Difícilmente podría citarse en la histo-

[16] Leopoldo Zea, "La filosofía mexicana de José Gaos", en *Universidad de México. Revista de la UNAM*, n. 52, jun., 1994.

[17] Leopoldo Zea, *El positivismo en México: nacimiento, apogeo y decadencia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1943.

DR© 2018. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/cincuenta/343.html

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

ria de la cultura mexicana de este siglo un grupo como el Hiperión, tan brillante, tan inquieto, tan profundo en sus intenciones pero a la vez, y como maldición, tan disperso, tan desunido, tan incapaz de recoger en un haz robusto la multiplicidad de sus tendencias y el talento de sus integrantes."[18]

La academia, más que ayudar a reunir los trabajos de este grupo, intentó ante todo dispersarlos y, finalmente, desgastarlos. El análisis filosófico sobre "lo mexicano" produjo así miles de reflexiones que terminarían en una vuelta hacia lo individual para "aportar a la experiencia humana" en general, tal como lo hacía y lo sigue haciendo la mayoría de las disciplinas filosóficas.[19]

Otro alumno de Gaos con una trayectoria previa bastante destacada, Edmundo O'Gorman, también orientó sus pesquisas hacia la "toma de conciencia de la América hispana por lo que respecta a su lugar en la historia universal",[20] y publicó en 1951 una obra capital de la historiografía mexicana: *La idea del descubrimiento de América; historia de esa interpretación y crítica a sus fundamentos*.[21]

Edmundo O'Gorman fue sin duda una de las figuras más importantes en el tránsito vivido por la historiografía mexicana de los años cuarenta. Promotor de aquel famoso encuentro polémico "Sobre el problema de la verdad histórica" que Álvaro Matute recordara en su ya clásico libro *La teoría de la historia en México, 1940-1973*, Edmundo O'Gorman convocó no sólo a Silvio Zavala, con quien había iniciado sus discusiones, sino a una pléyade de historiadores del momento. El debate surgido en aquella reunión bien podría verse como el balde de agua fría que despertó al quehacer histórico mexicano de cierta modorra o, si se quiere, de cierta complacencia posrevolucionaria. Alfonso Caso, Jorge Ignacio Rubio Mañé, Rafael Altamira, Ramón Iglesia, Francisco Barnés, Paul Kirchhoff, Isso Brante Schweide, Justino Fernández, Arturo Arnaiz y Freg y muchos otros profesionales y estudiantes vivieron aquel congreso que sintetizaba la intersección de conjuntos generacionales y corrientes historiográficas del momento.

Aun cuando aquel debate fue de gran relevancia por sus renovados planteamientos en favor de una historiografía más interpretativa que enunciativa, poco influyó de inmediato en la discusión sobre "lo mexicano". Los frutos se recogerían más tarde y de manera un tanto indirecta ya que poco a poco la especificidad de "lo mexicano" empezaba a abandonar sus estrechas referencias históricas locales, ciñéndose cada vez más al ámbito de lo literario y lo filosófico. Por lo pronto la discusión se había iniciado y la academia adquiriría un sentido por sí misma. Los partícipes en las propuestas "mexicanistas"

[18] Emilio Uranga, "El pensamiento filosófico", en *México. 50 años de Revolución*, v. IV, *La cultura*, México, Fondo de Cultura Económica, 1960.

[19] Abelardo Villegas, *La filosofía de lo mexicano*, México, Fondo de Cultura Económica, 1960.

[20] Leopoldo Zea, "La filosofía mexicana..."

[21] O'Gorman terminó su libro en 1949, pero lo publicó hasta 1951.

DR© 2018. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/cincuenta/343.html

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

que poco a poco reivindicaban una mayor "universalidad" se mantendrían en el candelero. Los grandes figurones de la vida intelectual mexicana continuaban recibiendo reconocimientos estatales al mismo tiempo que se enriquecía el ambiente académico en materia de humanidades.

Jorge Alberto Manrique, estudiante de aquellos años en la preparatoria de San Ildefonso, cuenta que sus maestros de entonces, Juan Ortega y Medina, Salvador Azuela y Arturo Arnaiz y Freg, incitaban a los alumnos a ir a El Colegio Nacional —recién abierto en 1943— para oír a José Vasconcelos, a Alfonso Reyes, a Alfonso Caso, a Manuel Toussaint y a Diego Rivera.

> Alguien nos dijo —cuenta Manrique—, no sé si con conocimiento de causa, que el hecho de ser estudiantes preparatorianos nos daba derecho a asistir a la Facultad de Filosofía y Letras, que entonces estaba en San Cosme, en la Casa de los Mascarones, a no más de 15 minutos en tranvía. Si no era cierto, la verdad es que nunca nos corrió nadie. A quienes no oíamos ni en la preparatoria ni en El Colegio Nacional los pudimos seguir en Mascarones, como Justino Fernández y desde luego a los filósofos Samuel Ramos, Nicol, Gaos, ¡qué apertura hacia la historia![22]

Otro espacio académico que se abría como hijo legítimo de la década de los cuarenta fue El Colegio de México. Su Centro de Estudios Históricos, fundado por Silvio Zavala, se convirtió muy pronto en la meca de la especialización histórica por excelencia. Ponderando principalmente la investigación documental,[23] no tardó en reunir en torno suyo a algunos de los historiadores tanto mexicanos como transterrados más importantes del momento. Sin pretender repetir lo que ya han historiado de manera exhaustiva Clara E. Lida y Antonio Matesanz,[24] valdría la pena recoger el testimonio de aquellos años del también entonces estudiante Luis González y González, para atestiguar el cierre del círculo académico en pos de una visión histórica mucho menos ideológica y más científica:

> La construcción de una imagen seria y firme de la historia de Hispanoamérica constituía el máximo propósito del plan Zavala. Los principios teóricos

[22] "Jorge Alberto Manrique", en Enrique Florescano y Ricardo Pérez Montfort, comps., *Historiadores de México en el siglo XX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1995.

[23] A manera de ejemplo vale la pena reproducir un comentario de José Fuentes Mares al libro de Daniel Cosío Villegas, *Porfirio Díaz en la revuelta de la Noria*, México, Hermes, 1953. Si bien el comentario y el libro se publicaron un buen tiempo después de fundarse El Colegio de México, el primero sirve para identificar el estilo de investigación que servía de modelo en aquella institución. El comentario apareció en el v. 12 de la revista *Historia Mexicana* de El Colegio de México. Decía Fuentes Mares: "Sólo a últimas fechas ha nacido en México, bajo los más halagüeños auspicios, la investigación histórica con pretensiones de objetividad [...en] el ánimo de que sólo la Historia hable a través de sus hechos [...] No conozco ningún libro de historia de México que maneje la cuantía documental de que hace gala en éste, Cosío Villegas, logrando en este sentido una obra magistral."

[24] Clara E. Lida y Antonio Matesanz, *El Colegio de México: Una hazaña cultural (1940-1962)*, México, COLMEX, 1990.

DR© 2018. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/cincuenta/343.html

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

> en los cursos del jefe, Iglesia y Gaos y la investigación ratonera en los archivos debían desembocar en el comercio con otros historiadores y científicos sociales a fuerza de asistir a congresos y mesas redondas, de oír y dar conferencias, de convertirse en profesor y, sobre todo, de hacer artículos monográficos para las revistas especializadas y monografías para la gente del gremio [...] El Centro de Estudios Históricos nos enseñó a descubrir y cultivar perlas, ensartarlas en un hilo, expedirlas a los conocedores, cuidándonos de que no fueran a dar al comedero común. Se nos entrenó para el intercambio de productos dentro de la elite del saber o para esparcirlos entre estudiantes de fuste.[25]

De esta manera, la academia o las academias parecían querer librarse de la necesidad de discutir con un prójimo demasiado ideologizado, buscando desde luego su independencia de la llamada historia oficial. Parecía que esta última sería endosada a la Escuela Normal Superior y, más aún, a la prensa periódica, en la cual sobresalían los tratamientos solemnes y superficiales muy por encima de los afanes de tratar temas históricos en profundidad.[26] Incluso así hubo excepciones importantes de normalistas con un trabajo serio y acucioso o de historiadores de rigor muy ligados a la prensa. Entre los primeros habría que destacar el trabajo de figuras como Jesús Sotelo Inclán con su *Raíz y razón de Zapata*, publicado en 1943, y entre los segundos como José de Jesús Núñez y Domínguez, quien dirigió la *Revista de Revistas* durante veinte años.

Pero, volviendo al ámbito académico, hay que señalar que el centro de atención de los estudios históricos era principalmente México y el universo seguía siendo, por encima de cualquier otro, Latinoamérica. Daniel Cosío Villegas, todavía en 1962, justificaba tal especialización así: "es ésta nuestra historia y mientras no es fácil esperar que los mexicanos y, en general, los latinoamericanos, podamos hacer las mayores contribuciones originales, no digamos ya a la historia Oriental, pero ni siquiera a la Occidental, estamos obligados, en cambio, a hacerlas en nuestra propia historia".[27]

El argumento era contundente: los archivos y las bibliotecas mexicanas y latinoamericanas ofrecían un vastísimo campo de investigación relativamente inexplorado. Como países sin mayores capitales para los viajes académicos, los de la región debían aprovechar no sólo los materiales existentes en el

[25] "Luis González y González", en Enrique Florescano y Ricardo Pérez Montfort, comps., *Historiadores de México en el siglo XX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1995.

[26] En un trabajo previo intenté un breve repaso de esta tendencia historiográfica —la oficial— en manos de literatos, periodistas y folcloristas. Véase Ricardo Pérez Montfort, "Historia, literatura y folklore, 1920 y 1940. El nacionalismo cultural de Rubén M. Campos, Fernando Ramírez de Aguilar e Higinio Vázquez Santa Ana", en *Cuicuilco. Revista de la Escuela Nacional de Antropología e Historia*, nueva época, v. 1, n. 2, sep.-dic., 1994.

[27] Clara E. Lida y Antonio Matesanz, *op. cit.*

DR© 2018. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/cincuenta/343.html

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

territorio de cada uno, sino también a aquellos especialistas que venían de otras partes, para establecer intercambios fructíferos. Algunos mexicanos como Silvio Zavala y el mismo Daniel Cosío Villegas tenían contactos internacionales importantes, lo que sin duda redundó en beneficio de la academia mexicana y de sus propios centros de trabajo. La UNAM, El Colegio de México y el INAH se convirtieron así en los principales receptores de los intercambios con otros países y sus representantes académicos relacionados con la historia.

Personaje paradigmático en ese sentido fue sin duda François Chevalier, quien llegó a México por primera vez en 1946. Alumno de Marc Bloch y Paul Rivet, fue nombrado director del Instituto Francés para América Latina con sede en la ciudad de México en 1949. Chevalier promovió, en colaboración con algunos colegas mexicanos entre los que destaca Silvio Zavala, una serie de mesas redondas sobre historia mexicana que hicieron historia en la historia de este país. Lo mismo invitaban a figurones como Antonio Díaz Soto y Gama como a Jesús Silva Herzog, para hablar de la Revolución, que presentaban a Fernand Braudel o a Woodrow Borah con sus últimas ediciones.[28]

Aun en estos momentos estelares el contacto internacional seguía siendo bastante limitado. La situación europea se recomponía en medio de una gran actividad intelectual y sus relaciones con el mundo académico latinoamericano no fueron del todo prioritarias. Más bien fueron las relaciones mexicanas con centros académicos estadounidenses las que empezaban adquirir cierto cuerpo. Financiamientos de las Fundaciones Rockefeller y Guggenheim empezaron a fluir fundamentalmente hacia El Colegio de México, lo que permitió llevar a cabo trabajos colectivos, otorgar becas, comprar libros, hacer viajes y cubrir los sueldos.[29]

Pero independientemente de los fondos financieros, los recursos humanos del vecino del norte fueron los que sobre todo se dejaron sentir en el quehacer histórico académico nacional. Por ejemplo, en el índice del segundo volumen de la revista *Historia Mexicana* correspondiente al periodo que va de julio de 1952 a junio de 1953, de los 43 autores listados, entre reseñas y artículos, siete eran de aquella nacionalidad. Mientras, en el índice del primero, que comprende de julio de 1951 a junio de 1952, de los 42 nombres de la lista sólo uno correspondía a un estadounidense y otro, por cierto, a un francés, Chevalier.[30] Los temas explorados en estos artículos eran, prácticamente en su totalidad, como el mismo nombre de la revista lo indica, de historia mexicana.

Pero más allá de los vínculos académicos entre México y los centros estadounidenses y europeos que —podría pensarse— disolverían de alguna

[28] "François Chevalier", en Enrique Florescano y Ricardo Pérez Montfort, comps., *Historiadores de México en el siglo XX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1995.

[29] Clara E. Lida y Antonio Matesanz, *El Colegio de México...*, *op. cit.*

[30] *Historia Mexicana*, *Índices*, 2 v., México, El Colegio de México-Fondo de Cultura Económica, 1951-1953.

DR© 2018. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/cincuenta/343.html

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

forma la preocupación "mexicanista" del momento, ésta, todavía hasta el inicio de los años cincuenta, se resistía a dejar los corrillos académicos y las discusiones estudiantiles. Según una testigo de aquel momento, Josefina Zoraida Vázquez, en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM,

> La carrera de historia estaba dividida en la rama de historia universal y la de historia de México; yo me decidí por la primera, harta de los excesos indigenistas-hispanistas [...] La Facultad contaba entonces con un gran grupo de intelectuales distinguidos y un alumnado inquieto, con su tinte de esnobismo. En el ambiente de la Facultad vibraban por aquellos tiempos las inquietudes de "México y lo mexicano", y en los pasillos y en el café se discutían los ensayos que se iban publicando. Se discutía también el libro de Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*; el de Octavio Paz, *El laberinto de la soledad; Los fundamentos de la historia de América* de O'Gorman, y creo que *América en la historia* de Leopoldo Zea.[31]

Y, en efecto, el asunto de "lo mexicano" no parecía resuelto y más bien continuó presente en el ámbito del ensayo literario y filosófico libre, sin amarres históricos fijos. No tardaría en encontrar su próximo anclaje en los ensayos *Con la X en la frente*, de Alfonso Reyes; *Mito y magia del mexicano*, de Jorge Carrión; *Conciencia y posibilidad del mexicano*, de Leopoldo Zea, y finalmente, *El laberinto de la soledad*, de Octavio Paz. El tema se fue agotando cada vez más aunque su presencia en la historiografía siguiese viva hasta mucho tiempo después.

La historia y la historiografía habían demostrado, hasta ese momento, que no eran el instrumento exclusivo ni el único adecuado para la explicación y mucho menos para la solución de un problema tan grande como la identidad en un país como el nuestro. "Lo mexicano" no lo explicaba la historia por sí misma, y menos como se encontraba en aquel final de la década de los cuarenta. Para atenderlo era necesario apelar a otras disciplinas y mirar no sólo hacia atrás. A finales de los cuarenta algo parecía haber cambiado en dicha materia. Octavio Paz se refiere así a sus propuestas de 1950:

> Era evidente que la nueva situación del país y del mundo exigía un cambio radical de dirección. Nación marginal, habíamos sido objeto de la historia: la segunda mitad del siglo XX —marcada por la independencia de las colonias y las agitaciones, revueltas y revoluciones de los países de la periferia— nos enfrentaba a otras realidades. Escribí en las últimas páginas de mi libro: "hemos dejado de ser objetos y comenzamos a ser sujetos de los cambios históricos". Y agregaba: "La revolución mexicana desemboca en la historia

[31] "Josefina Zoraida Vázquez", en Enrique Florescano y Ricardo Pérez Montfort, comps., *Historiadores de México en el siglo XX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1995.

DR© 2018. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/cincuenta/343.html

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

> universal [...] Allí nos aguarda una desnudez y un desamparo [...]" Algunos interpretaron una de mis opiniones —"somos contemporáneos de todos los hombres"— como una afirmación de madurez de nuestro país; al fin habíamos alcanzado a las otras naciones. Curiosa concepción de la historia como una carrera: ¿contra quién y hacia dónde? No, la historia es una intersección entre un tiempo y un lugar. La historia, dijo Eliot, es aquí y ahora.[32]

El planteamiento de Paz parecía cerrar el camino hacia el pasado en función de una serie de ideas un tanto estáticas y de definiciones que no abandonaban del todo el terreno de lo ambiguo. Proyectarse hacia un futuro en el cual había que transformar al mexicano y su proyecto histórico era algo que también parecía darle identidad. Esto suponía que, además de lo mucho que debía hacerse con la historia, era necesaria también una proyección hacia el futuro. El tono autoritario de algunas visiones históricas y cierto "deber ser" establecido como recurso *sine qua non* contradecían la posibilidad de una transformación en esa búsqueda histórica de "lo mexicano", que apareció un tanto empantanada a finales de los cuarenta, a medio camino entre lo unívoco y lo múltiple.

Algunos historiadores en cambio planteaban un camino abierto. Wigberto Jiménez Moreno hacía una especie de profecía en 1952:

> Si se me pregunta ahora cuáles serán las tendencias que seguirán en los estudios antropológicos e históricos, esquivaré, tanto como pueda, el disfraz de zahorí. Mas suponiendo que en el porvenir habrá de hacerse al menos una parte de lo que debiera hacerse, espero que se dará mayor énfasis a la historia regional, como corresponde a un México múltiple. Y la antropología y la historia no olvidarán que es México mosaico y museo (heterogeneidad de elementos componentes, grados diversos de evolución cultural). Nuevos estudios comprobarán el peculiar carácter mestizo de nuestra cultura —aceptando, a la vez, lo indígena y lo hispánico— afianzando el concepto de una patria y una herencia cultural indivisibles. Un mayor énfasis sobre el siglo XIX concebirá las pugnas de liberales y conservadores no como novelescas luchas entre héroes y villanos, sino como expresión profunda y dramática del conflicto espiritual que venimos viviendo desde que, a mediados del siglo XVIII, empezó a agrietarse el sistema proteccionista que privaba a la vez en lo económico y lo ideológico, y empezamos a tener contactos íntimos con otras culturas: primero la francesa, después la americana. México, de nuevo, volvió a ser encrucijada, y surgió la duda acerca del camino que debería de seguirse.

Y refiriéndose a la mesa redonda que los historiadores protagonizaron en 1951 en esta misma ciudad de Guanajuato con el tema de la Independencia,

[32] Octavio Paz, en *Egohistorias. El amor a Clío*, México, CEMCA, 1993.

DR© 2018. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/cincuenta/343.html

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

Jiménez Moreno llamó la atención hacia lo que en gran medida parecía estar en el aire en materia historiográfica y que resulta, desde mi punto de vista, de una actualidad asombrosa que no puedo dejar de admirar. Aun sin disponer de los enormes recursos historiográficos con los que contamos hoy en día, Jiménez Moreno proponía una visión integral, no exenta de cierto idealismo capaz de trascender y reformular la intención misma de la historiografía contemporánea. Hace poco más de cuarenta años Jiménez Moreno escribía:

> hay que hincar el análisis sobre las ideas y los sentimientos, que son, junto con las primeras necesidades, los verdaderos motores de los hechos. Esto, unido a un examen más certero de los factores económicos y sociales, desplaza el centro de gravedad de nuestros estudios, trayéndolos de la historia política hacia la historia cultural, y de la mera narración de los sucesos, a la interpretación de lo que significan.[33]

De esta manera, podríamos concluir que, conforme a los postulados de algunos historiadores y pensadores de principios de los años cincuenta, la categoría de "lo mexicano" en términos históricos como algo único y distintivo siguió vigente, aunque declarando constantemente su estancamiento con imágenes ejemplarizantes y autoritarias. Otra historiografía mexicanista, sin embargo, vio sus descubrimientos y reflexiones como asuntos sujetos a una discusión incesante. Este tipo de historia lograría acercarse más a visiones múltiples capaces de reinterpretar cuantas veces fuera necesario, no con el fin de definir, sino de explicar el devenir de los mexicanos.

[33] Wigberto Jiménez Moreno, *op. cit.*

DR© 2018. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/cincuenta/343.html